

sufrido tales trasformaciones desde mi marcha de la Tierra (intervalo cuya duracion me era completamente desconocida), que tenia delante la ciudad del porvenir, si puedo expresar por medio de esta figura un hecho que hubiera estado presente para mí. Continuaba, pues, observando con atencion para cerciorarme por completo de si era realmente el *antiguo* Paris, en parte demolido hoy, que tenia delante, ó si, por un fenómeno no ménos increíble, era otro Paris, otra Francia, otra tierra.

## II

QUÆRENS. — ¡Qué situacion tan extraordinaria para vuestro espíritu analizador, oh Lumen! ¿Por qué medio os fué posible llegar á reconocer la realidad?

LUMEN. — Los ancianos que estaban en la montaña continuaron conversando, mientras yo iba haciendo las anteriores reflexiones. De pronto, oí al que parecía tener mas edad, y cuyo aspecto venerable inspiraban á la vez admiracion y respeto, exclamar con voz triste y retumbante :

« ¡De rodillas! hermanos míos, pidamos indulgencia al Dios universal. Esta tierra, esta nacion, esta ciudad ha cometido un gran crimen : acaba de rodar la cabeza de un rey inocente! »

Sus compañeros le comprendieron sin duda, pues se arrodillaron en la montaña y postraron sus encanecidas cabezas contra el suelo.

Yo que no habia conseguido aun distinguir á los hombres en medio de las calles y de las plazas públicas, y que no habia prestado atencion á las observaciones de aquellos ancianos, permanecí de pié, prosiguiendo atentamente mi exámen.

« Forastero, me dijo el anciano, ¿ vituperais la accion unánime de vuestros hermanos, puesto que no unís vuestra oracion á las de ellos?

— Senador, le contesté, mal puedo vituperar ni aprobar lo que no comprendo. Llegado á esta montaña desde hace poco, desconozco el motivo de vuestra religiosa imprecacion.

Entonces me acerqué al mas anciano de entre ellos, y mientras sus compañeros seguian conversando, le rogué que me refiriese sus observaciones.

Me dijo que por la intuicion de que se hallan dotados los espíritus del grado de los que habitan este mundo y tambien por la facultad íntima de *apercepcion*<sup>1</sup> que han recibido todos ellos por

<sup>1</sup> Este vocablo, usado con frecuencia por el autor, y que pertenece á la metafísica, no tiene equivalente en castellano; significa conciencia, sentimiento interior, conocimiento íntimo de la propia conciencia. Por lo tanto el traductor lo ha dejado en francés, como tantos otros vocablos que encontrará el lector mas adelante.

(N. del T.)

partes iguales, poseen una especie de relacion magnética con las estrellas cercanas. Estas estrellas son en número de doce ó quince y son las mas inmediatas, por lo cual desde esta region la apercpeion es algo confusa. Nuestro sol es una de esas estrellas vecinas. Conocen, pues, vagamente, aunque de un modo perceptible, el estado de las humanidades que habitan los planetas dependientes de este sol, y su grado relativo de elevacion intelectual ó moral.

Además, cuando una gran perturbacion agita á una de esas humanidades, sea en el órden físico, sea en el órden moral, experimentan una especie de conmocion íntima, del mismo modo que se vé una cuerda vibrante hacer entrar en vibracion otra cuerda situada á cierta distancia.

Desde hace un año (el año de ese mundo equivale á diez de los nuestros) se habian sentido arrastrados por una emocion particular hácia el planeta terrestre, y los observadores habian seguido con interés y cierta inquietud la marcha de este mundo. Habian asistido al final de un reinado, á la aurora de una libertad resplandeciente, á la conquista de los derechos del hombre, á la afirmacion de los grandes principios de la dignidad humana. Despues habian visto

extinguirse esas luces de la inteligencia, las pasiones populares entregarse á deplorables excesos, cubrirse el cielo de nubes y anunciarse la tormenta por señales positivas. Comprendí que se trataba de la gran revolucion de 1789, y de la caída del antiguo mundo político. De algun tiempo á esta parte principalmente habian prestado una dolorosa atencion á los acontecimientos del Terror y á la tiranía *des buveurs de sang*. Temian por los dias de la tierra y dudaban ya del progreso de esta humanidad emancipada.

Algunos sin embargo habian manifestado la esperanza de que un hombre superior vendria á poner un freno á la anarquía, combatiendo un instante la libertad, dominando el mundo por la fuerza, dejando luego á la libertad empuñar de nuevo las riendas del carro triunfal.

Me guardé bien de poner en conocimiento del senador que acababa de llegar de la Tierra, y que la habia habitado durante setenta y dos años. Ignoro si tuvo alguna intuicion; pero me hallaba yo tan singularmente sorprendido con aquella vision, que mi espíritu estaba fijo en ella y no pensaba mas en mi persona. Mi vista se habia asimilado por fin al espectáculo que tra-

taba de observar, y distinguía en medio de la plaza de la Concordia un cadalso rodeado de un formidable aparato de guerra. Un carro conducido por un hombre vestido de encarnado se llevaba los restos mortales de Luis XVI; algunas nobles cabezas acababan de ser cortadas, y los cuerpos todavía palpitantes, encerrados en inmundas carretas, los dirigian hácia el faubourg Saint-Honoré. Una muchedumbre ébria alzaba los puños desafiando al cielo. Veíanse hácia los Campos Eliseos ininidad de fosos en los que caian los peones; los árboles irregulares estaban sin hojas, y aquello era mas bien un luto que una muerte; algunos *sans-culottes*, subidos en lo alto de los árboles, agitaban sus gorros, y en las calles lejanas apenas si se veía alguno que otro transeunte pisar esos parajes solitarios.

No habia yo presenciado el advenimiento del 93, puesto que este año era el de mi nacimiento, y experimentaba un indecible interés en encontrarme testigo de esa escena, descrita tantas veces por los historiadores; pero por grande que fuese ese interés, comprendereis fácilmente que se hallaba dominado por un sentimiento mas poderoso todavía: *el de saber que me encontraba á fines del año de 1864, presenciando un acon-*

*tecimiento verificado á fines del siglo pasado.*

QUERENS. — Efectivamente, me parece que ese sentimiento de imposibilidad debió atemperar singularmente vuestra contemplacion, pues al fin y al cabo una vision que sabemos es ilusoria, y cuya realidad no podemos admitir, ni aun viéndola.

LUMEN. — Si, amigo mio, imposible; comprendereis, por lo tanto cuál era mi situacion al ver con mis propios ojos realizada esa paradoja. Una expresion popular dice que algunas veces no puede uno creer lo que ven sus ojos; esto es lo que me sucedia á mí: imposible negar lo que estaba viendo é imposible admitirlo.

QUERENS. — ¿Pero no seria eso una concepcion de vuestro espiritu, una creacion de vuestra imaginacion, una reminiscencia de vuestro recuerdo? Teneis por cierto que era una realidad y no un reflejo de la memoria?

LUMEN. — Fué la primera idea que me asaltó; pero era para mí tan evidente que tenia delante de mí el Paris del 93 y que presenciaba el acontecimiento del 21 de enero, que no pude dudar largo tiempo; y además esa explicacion era imposible por el hecho de que los ancianos de la montaña me habian precedido en esa observacion,

que ellos veian, analizaban y se comunicaban la accion presente, sin conocer en manera alguna la historia de la Tierra, ni saber que yo conocia esta historia. Teniamos además delante *un hecho presente*, y no un hecho pasado.

QUERENS. — Pero entonces, si el pasado puede fundirse de ese modo en el presente, si la realidad y la vision se confunden de tal suerte, si personajes muertos desde hace tiempo pueden todavía ser vistos; si las nuevas construcciones y las metamorfosis de una ciudad como Paris pueden desaparecer, dejando ver en su lugar la ciudad de otros tiempos, ¿con cuál certeza podemos contar en lo sucesivo? ¿De qué sirve entonces la ciencia de la observacion? ¿de qué sirven las deducciones y las teorías? ¿sobre qué se fundan nuestros conocimientos que nos parecen mas sólidos? y si estas cosas son verdaderas, no debemos en lo sucesivo dudar de todo ó creer en todo?

LUMEN. — Estas consideraciones y otras muchas, amigo mio, me han absorbido y atormentado, pero no han impedido que observase la realidad. Cuando tuve la certeza de que nos hallábamnos en el año 1793, pensé en seguida que la ciencia misma, en lugar de combatir esta realidad (puesto que dos verdades no pueden ser opuestas la una á la otra)

debía darme la explicacion. Interrogué pues la física, y aguardé su respuesta.

QUÆRENS. — ¿Es posible? Sería una realidad el hecho?

LUMEN. — No salamente real, sino comprensible y demostrable. Vais á tener la explicacion astronómica.

Examiné primeramente la posicion de la Tierra en la constelacion de El Altar, de que ya os he hablado. Al orientarme relativamente á la estrella polar y al zodiaco, observé que las constelaciones no eran muy diferentes de las que se ven desde la Tierra, y que fuera de algunas estrellas particulares, su posicion era sensiblemente la misma. Orion reinaba aun en el ecuador terrestre; la Osa mayor. parada en su curso circular, se inclinaba hácia el norte. Transportándome á las coordinadas de los movimientos aparentes, suspensos en lo sucesivo, determiné entonces que el punto en que veía el grupo del Sol, de la Tierra y de los planetas, debía señalar la décima séptima hora de ascension recta, esto es,  $236^{\circ}$ , poco mas ó ménos. (No tenia ningun instrumento que me diese una medida exacta.) Observé en segundo lugar que se encontraba hácia el  $44^{\circ}$  de distan-

cia del polo sur. Estas investigaciones tenian por objeto darme á conocer la estrella en la cual me encontraba, y me hicieron llegar á esta deducion: que debía encontrarme en un astro situado hácia el  $76^{\circ}$  de ascension recta y hácia el  $46^{\circ}$  de declinacion boreal. Sabía por otro lado por las palabras del anciano, que el astro en que nos encontráramos no se hallaba muy distante de nuestro sol, puesto que este contaba entre los astros vecinos. Con ayuda de estos datos, pude recordar fácilmente que estrella podia ser: era la estrella *alpha* del Cochero, llamada tambien *Capella* ó *la Cabra*. No habia la menor duda sobre este punto.

Así es que estaba entonces ciertamente en un mundo que dependia del sistema de esa estrella. Desde allí, efectivamente, el Sol produce el efecto de una simple estrella, que, á consecuencia del viaje, ha ido á colocarse en perspectiva delante y en la constelacion de El Altar, situada justo al lado opuesto de la del Cochero para un habitante de la Tierra.

Desde entonces traté de recordar cual era la paralaje de aquella estrella. Me acordé en seguida que un astrónomo ruso, amigo mio, habia calculado, y que habiéndose confirmado su cálculo, esta paraleja era de  $0'' 046$ . — Avanzaba rápida-

mente hácia la solución del misterio y mi corazón latía de placer.

Todo geómetra sabe que la paraleja indica matemáticamente la distancia en unidades de la medida empleada. Iba, pues, á recordar exactamente la distancia, que separa á aquella estrella de la tierra y hasta á calcularla, si era preciso, bastando para esto averiguar que número correspondía á  $0'' 046^1$ .

Expresado en millones de leguas este número asciende á 170, 392, 000. Así, pues, desde el astro en que me encontraba, habia, para ir á la Tierra, una distancia de 170 trillones, 392 mil millones de leguas.

Lo principal estaba hecho, y el problema quedaba en gran parte resuelto. Hé ahora el punto culminante y sobre el cual llamo muy particu-

1. Nadie ignora que cuanto mas distante se encuentra un objeto, mas pequeño nos parece. Un objeto visto solo bajo el ángulo de un segundo, dista 206,265 veces de su tamaño cualquiera que este sea, puesto que una circunferencia con el diámetro es de 3,14159, y  $\frac{1,296,000}{3,14159 \times 2} = 206,265$  No viendo a estrella *Capella* el semidiámetro de la órbita terrestre mas que bajo un ángulo 22 veces mas pequeño, su distancia es 22 veces mas grande; siendo por consiguiente de 4,484,000 el rayo de su órbita terrestre.

larmente vuestra atención, pues en él estriba la explicación de la mas extraña de las realidades.

Ya sabeis que la luz no salva instantáneamente la distancia que hay de un punto á otro, sino sucesivamente. Ya habreis observado que arrojando una piedra en un estanque cuyas aguas están tranquilas, se forma, una infinidad de ondulaciones al rededor del punto en que ha caido la piedra. Lo mismo sucede con el sonido en el aire cuando pasa de un punto á otro, y con la luz en el espacio, que se trasmite por intervalos y por medio de ondulaciones sucesivas.

La luz de una estrella emplea por consiguiente cierto espacio de tiempo en llegar á la Tierra, y este tiempo depende naturalmente de la distancia que separa la estrella de la tierra.

El sonido recorre 340 metros por segundo. Un cañonazo es oido en el instante mismo de la detonación por los artilleros que sirven la pieza, un segundo despues por los que se encuentran á 340 metros de distancia, y tres segundos despues por los que están á un kilómetro; hay 12 segundos de retraso para los que se encuentran á una legua, 2 minutos para los que están á diez leguas, y tres minutos para los que, viviendo á 25 leguas

de distancia, oyen todavía ese trueno producido por los hombres.

La luz se trasmite con una velocidad todavía mayor, pero no instantánea, como se creía antiguamente. Recorre 77,000 leguas por segundo, y si pudiese girar, en otro segundo daría ocho veces la vuelta al globo. La luz emplea un segundo y cuarto para llegar desde la Luna á la Tierra; 8 minutos 13 segundos para llegar desde el Sol; 52 minutos desde Júpiter; 2 horas desde Urano y 3 desde Neptuno. Vemos, pues, los cuerpos celestes, no enteramente tales como son en el instante mismo en que los observamos, sino tales como eran en el momento en que se desprendió de ellos el rayo luminoso que nos llega. Si un volcan, por ejemplo, se pusiese en ignición en los mundos que acabo de citar, no le veriamos arrojar llamas sino 1 segundo  $\frac{1}{4}$  despues de la erupcion, si se tratase de la Luna, 52 minutos despues, si fuese en Júpiter, 2 horas en Urano, y 3 horas si fuese en Neptuno.

Si nos transportamos mas allá del sistema planetario, las distancias son incomparablemente mas vastas y el retraso de la luz mucho mayor. Así es que el rayo luminoso, desprendido de la estrella mas cercana á nosotros, alpha del Cen-

táuro, emplea 3 años y 8 meses en llegar; y el que parte de Sirio necesita 14 años para atravesar el abismo que nos separa de ese sol.

Encontrándose la estrella Capella alejada de la Tierra por la distancia que ya hemos mencionado, es fácil calcular, á razon de 77,000 leguas por segundo, cuánto tiempo necesita la luz para atravesar este intervalo. El cálculo hecho arroja 71 años, 8 meses y 24 dias. El rayo luminoso que parte de Capella para venir á la Tierra, no llega á esta sino despues de una marcha no interrumpida de 71 años, 8 meses y 24 dias.

Del mismo modo el rayo luminoso que parte de la tierra para ir á la estrella, tampoco llega á esta sino en igual período de tiempo.

QUÆRENS. — ¿Si el rayo luminoso que nos viene de esa estrella emplea cerca de 72 años en llegar hasta nosotros, quiere decir que nos trae la claridad de aquel astro y tal como era, hace 72 años próximamente, en el momento de su punto de partida?

LUMEN. — Lo habeis comprendido muy bien, y eso es precisamente el hecho que importa mucho esclarecer.

QUÆRENS. — Así, pues, y en otros términos, el rayo luminoso es como un correo que nos trae

noticias del estado de la nacion, que le envia, y que, si tarda cerca de 72 años en llegar hasta nosotros, nos indica el estado de esa nacion en el momento de su salida, es decir, cerca de 72 años ántes del momento en que nos llega.

LUMEN. — Habeis dado con el secreto, y vuestra comparacion me prueba que habeis levantado una punta del velo que le cubria. Para hablar mas exactamente aun, el rayo luminoso seria un correo que nos trajese, no noticias escritas, sino la fotografia, el *aspecto mismo* de la nacion de que procede. Vemos este aspecto, tal como era en el momento en que los rayos luminosos que cada uno de sus puntos nos envia y por los cuales se dá á conocer á nosotros en el mismo momento, repito, en que partieron esos rayos luminosos.

No hay nada mas sencillo é incontestable, asi pues, cuando por medio del telescopio examinamos la superficie de un astro, no vemos esta superficie tal como es en el momento mismo en que la observamos, sino tal como era cuando la luz que nos llega fué despedida por dicha superficie.

QUERENS. — ¿De manera que si una estrella cuya luz tarda supongamos, diez años en llegar hasta nosotros, fuese súbitamente extinguida hoy,

la seguiriamos viendo aun diez años, puesto que su último rayo no nos llegaria sino de aquí á diez años?

LUMEN. — Justamente. En una palabra, los rayos de luz que las estrellas nos envian, como no nos llegan al momento, sino que emplean cierto tiempo en flanquear la distancia que nos separa de ellas, no nos muestran esas estrellas tales como son ahora, sino tales como eran en el momento en que partieron esos rayos de luz que nos transmiten su aspecto.

Hay, pues, en esto una sorprendente *transformacion del pasado en presente*. Para el astro observado, es el pasado, que ha desaparecido yá, y para el observador, es el presente, la actualidad: el pasado del astro es rigerosa y positivamente el presente del observador. Como el aspecto de los mundos cambia de un año á otro, de un dia á otro, puede uno representarse este aspecto como escapándose en el espacio y adelantándose en lo infinito para revelarse á la vista de lejanos espectadores. Cada aspecto vá seguido de otro, y así sucesivamente, siendo como una série de andulaciones que llevan á lo léjos el pasado de los mundos, convertido en presente para los observadores escalonados á su paso! Lo

que creemos ver actualmente en los astros ha pasado ya, y lo que acontece ahora, no lo vemos todavía.

Identifícaos, amigo mío, con esta representación de un hecho real, pues os interesa mucho figuraros bien esta marcha sucesiva de la luz, y, comprender en su verdadera naturaleza esta verdad incontestable: siéndonos traído por la luz el aspecto de los objetos, nos muestra esos mismos objetos no tales como son ahora, sino como eran anteriormente, según el intervalo de tiempo necesario para que su claridad recorra la distancia que nos separa de esos objetos.

No vemos ningún astro tal como es, sino tal como era en el momento en que partió el rayo luminoso que llega á nosotros. *No es el estado actual del cielo que está visible, sino su historia pasada.* Hay ciertos y determinados astros que no existen desde hace diez mil años, y cuyos rayos luminosos vemos todavía, por haber sido despedidos ántes de la destrucción de aquellos. Tal estrella doble, cuya naturaleza y cuyos movimientos tratáis de determinar á fuerza de esfuerzos y de fatigas, no existe ya desde que hay astrónomos en la Tierra. Si el cielo visible fuese destruido hoy, aun se le vería mañana, y el año

próximo, y durante cien años, mil años, cincuenta y cien mil años, y aun más, con excepción solamente de las estrellas más cercanas, que se extinguirían sucesivamente, una vez trascurrido el tiempo que necesitan los rayos de luz que despiden estas para recorrer la distancia que os separa de ellas:  $\alpha$  del Centáuro se extinguiría la primera, á los tres años y ocho meses; Sirio á los veintidos años, etc.

Ahora os será ya fácil, amigo mío, aplicar la teoría científica á la explicación del hecho extraño de que he sido testigo. Si desde la Tierra vemos la estrella Capella, no como es en el momento en que la miramos sino como era hace 72 años, del mismo modo, desde Capella, no se vé la tierra sino con 72 años de retraso. La luz emplea el mismo tiempo en recorrer el mismo trayecto.

QUERENS. — Maestro, he seguido atentamente vuestras explicaciones; pero decidme ¿la Tierra brilla de léjos como una estrella? ¿No es, sin embargo luminosa?

LUMEN. — La Tierra refleja en el espacio la luz que recibe del Sol. Cuanto mayor es la distancia, más se asemeja á una estrella, pues toda la luz que despide el Sol sobre su superficie de tres mil leguas de ancho se condensa en un disco cada vez

mas pequeño. Así es que, vista desde la Luna, parece un brillante como la luna llena, y catorce veces mas ancha. Vista desde el planeta Vénus, aparece tan brillante como Júpiter visto desde la Tierra, y vista desde el planeta Marte es la estrella de la mañana y de la noche, ofreciendo las mismas fases que presenta Vénus. Por lo tanto, aunque no es luminosa por sí misma, brilla de lejos como la Luna y como los planetas, por la luz que recibe del Sol, y que refleja en el espacio y así como los acontecimientos que se verifican en Neptuno experimentan un retraso de tres horas, vistos desde la Tierra, así tambien los de la Tierra sufren igual retraso vistos desde la órbita de Neptuno; por esto, la Tierra es vista desde Capella con 72 años de retraso.

QUERENS. — Por extrañas y nuevas que sean para mí estas revelaciones, ahora comprendo perfectamente como encontrándoos en la estrella Capella no veiais la Tierra tal cual era en Octubre de 1864, fecha de vuestro fallecimiento, sino tal como era en Enero de 1793, puesto que la luz emplea setenta y un años y ocho meses en atravesar el abismo que separa á la Tierra de esa estrella y con igual lucidez comprendo que aquello no era una vision, ni un fenómeno de memoria, ni un

hecho maravilloso y sobrenatural, sino un hecho actual, positivo, natural é incontestable; y que efectivamente lo que había sucedido en la Tierra desde hace tiempo, era entonces de actualidad para el observador colocado á esa distancia. Pero permitiéndme que os haga una reflexion pasajera. Para que, viniendo de la Tierra, fueseis testigo de aquel hecho, ha sido preciso que franqueaseis la distancia que media entre nuestro mundo y Capella con una velocidad todavía mayor que la de la luz?

LUMEN. — Precisamente os hablé ya de esto, cuando os dije que creia haber franqueado esa distancia con la velocidad del pensamiento, y que el mismo dia de mi muerte me encontraba en el sistema de esa estrella — que tanto queria y admiraba durante mi permanencia en el globo terrestre.

QUERENS. — Ah! mi querido maestro, convenbamos en que de todos modos esa vision no deja de ser bien extraña. Verdaderamente es un fenómeno extraordinario ver así el pasado convertido en presente y verle tan solo bajo esa forma sorprendente, hallándose en la imposibilidad de ver los astros tales como son en el momento en que se los examina, sino tales como eran en una época mas ó ménos remota!

LUMEN. — El legítimo asombro que os causan mis palabras, amigo mio, no es sino el preludio, me atrevo á decirlo así, del que vais á experimentar ahora. Es indudable que á primera vista parece sumamente extraordinario que alejándose bastante en el espacio se pueda de este modo presenciar realmente los acontecimientos de las edades pasadas; pero no estriva en esto lo extraño y positivo de la singularidad que tengo que comunicaros, y que os parecerá todavía mas imaginaria, si quereis oir un poco mas adelante la relacion del dia que siguió á mi muerte.

QUÆRENS. — Os ruego que habéis, pues tengo grandes deseos de escucharos.

## III.

LUMEN. — Despues de haber apartado la vista de las sangrientas escenas de la plaza de la Revolucion, me senté atraído hácia una habitacion de estilo ya antiguo, que hacia frente á *Notre-Dame*, y situada en el lugar ocupado hoy por el átrio de la catedral. Delante de la puerta falsa habia un grupo compuesto de cinco personas recostadas en unos bancos de madera y con la cabeza descubierta á pesar del sol que hacia. No tardé en reconocer en esas personas, que al poco se levantaron y empezaron á andar por la plaza, á mi padre, mas jóven de lo que le habia conocido nunca, á mi madre, todavía mas jóven, y á uno de mis primos que murió el mismo año que mi padre, hace próximamente 40 años. Es difícil á primera vista reconocer á las personas, porque en lugar de verlas de frente, se las vé solo desde

arriba y como si fuera desde un piso superior. No quedé poco sorprendido de tal encuentro. Recordé entónces que habia oido decir en mi infancia que mis padres habitaban ántes de que yo naciera la plaza de *Notre-Dame*. Profundamente sorprendido, como podeis imaginaros, sentí que se me iba cansando la vista y que ya no podia distinguir nada, como si varias nubes se hubiesen interpuesto entre Paris y el sitio que yo ocupaba. Hubo un momento en que temí que me arrastrase un torbellino; por lo demás, como ya habreis comprendido, ya no tenia la nocion del tiempo.

Cuando al cabo de un rato pude volver á distinguir los objetos, reparé que habia una multitud de niños que jugaban en la plaza del Panteon. Eran indudablemente unos estudiantillos que salian de la escuela, pues todos ellos estaban cargados de libros, cartapacios, etc; y tenian el semblante alegre, como muchachos que regresan á sus casas gesticulando y haciendo toda clase de muecas. Dos de entre ellos me llamaron particularmente la atención porque se me figuró que estaban sofocados por alguna disputa, y ya iban á pasar á vias de hecho cuando un tercero se interpuso para separarlos; pero recibió un puñetazo tan fuerte que le hizo rodar por el suelo...

En aquel mismo instante ví á una mujer que se apresuró á levantar el niño : era mi madre.

¡Ah! jamás, no, jamás, en mis setenta y dos años de existencia terrenal, entre todas las peripecias, todas las estrañezas, todos los acontecimientos imprevistos, todas las singularidades que han acompañado mi existencia; entre todos los sucesos, todas las sorpresas y todos los azares de la vida, jamás he experimentado conmocion igual á la que se apoderó de mí, cuando en ese niño reconocí... *á mi misma persona!*

QUERENS. — ¿Á vos mismo?

LUMEN. — Á mi mismo! con mis cabellos rubios y rizados como cuando tenia seis años, con mi cuello bordado por esa madre que acababa de acudir á mí, con mi blusita azul celeste y mis puños constantemente arrugados. Era yo en persona, el mismo niño cuya imagen medio borrada habeis visto en la miniatura que está encima de mi chimenea. Cuando se presentó mi madre, me cojió en sus brazos, regañó á mis condiscípulos, y me condujo á casa, situada entonces en la que hoy se llama calle de Ulm. Despues de haber atravesado por varias piezas, nos hallamos los dos en un jardin donde habia mucha gente.

QUERENS. — Maestro, permitidme que os haga

otra reflexion. Os confieso que me parece imposible que pueda uno verse de ese modo á si mismo! No podeis ser dos personas á un mismo tiempo. Si teniais setenta y dos años, vuestra infancia habia pasado hacia ya tiempo. No podeis ver una cosa que ya no existe; al ménos no puedo comprender que siendo anciano pudieseis veros en la edad de la infancia.

LUMEN. — ¿Qué razon os impide admitir esto como habeis admitido otras singularidades que os he referido?

QUÆRENS. — Por que es imposible verse á la vez niño y anciano!

LUMEN. — No reflexionais bien, amigo mio. Habeis comprendido perfectamente el hecho general para poder admitirlo, pero no habeis observado con bastante detenimiento que este último hecho particular entra en absoluto en el primero. Admitis que el aspecto de la Tierra emplea setenta y dos años en llegar hasta mí, no es verdad? que los acontecimientos no me llegan sino en ese intervalo de tiempo despues de su actualidad?; en una palabra, que veo el mundo tal como era en aquella época. Admitis igualmente que viendo las calles de entonces veo al mismo tiempo los niños que corrian por ellas. ¿No es esto así?

QUÆRENS. -- Perfectamente.

LUMEN. — Pues bueno, puesto que veo ese grupo de niños, del cual formaba yo parte en aquella época, ¿por qué pretendéis que no me vea á mí mismo como veo á los demás?...

QUÆRENS. — Pero no formais ya parte de ese grupo.

LUMEN. — Como que ese grupo no existe ya, pero yo lo veo tal como existia en el instante en que partió el rayo luminoso que me llega hoy. Puesto que distingo á los quince ó diez y seis niños que juegan en la plaza, no hay ninguna razon para que desaparezca el niño que era yo, por ser yo el que le mira. Otros observadores le verian en compañía de sus condiscipulos. ¿Por qué quereis pues que haya una excepcion cuando soy yo el que observa? Yo los veo á todos, y me veo entre ellos.

QUÆRENS. — No habia comprendido bien. Es evidente en efecto que al ver un corro de niños del cual formais parte, no podeis ménos de veros á vos mismo como veis á los demás.

LUMEN. — Comprenderéis por lo tanto cual sería mi sorpresa ante semejante espectáculo. Aquel niño no era otro que yo, en carne y hueso segun la expresion vulgar y significativa; era yo

á la edad de seis años. No era no un mirage, no una vision, no un espectro, no una reminiscencia, no una imagen; era la realidad misma, era positivamente mi persona, mi pensamiento y mi cuerpo. Si mis demás sentidos hubiesen tenido la perfeccion de mi vista, me parece que habria podido palparme y escucharme. Brincaba yo por aquel jardin y daba vueltas en torno del estanque, que habian rodeado con una pequeña barandilla. Algunos instantes despues mi abuelo me sentó encima de sus rodillas y me hizo leer en un libro muy voluminoso.

Renuncio á describir mis impresiones. Considerad vos mismo cuáles serian, si es que os habeis identificado bien con la realidad fisica de ese hecho, y me limito á declarar que jamás sintió mi alma sorpresa semejante.

Una reflexion dominó á todas las demás. Me decia á mí mismo : ese niño soy yo en cuerpo y alma. Crece y debe vivir aun sesenta y seis años. Es real é incontestablemente yo mismo. Y por otra parte, yo que estoy aqui, de edad de setenta y dos años terrestres, yo que pienso y que veo estas cosas, soy realmente yo, y lo mismo que yo soy este niño. *Soy por consiguiente dos personas* : una allá en la tierra, otra aquí en el espacio.

Dos personas completas y sin embargo bien distintas. Los observadores que se colocasen donde estoy podrian ver ese niño en el jardin, como yo le veo, y podrian verme igualmente aquí. Soy dos personas. Esto es incontestable. Mi alma está en ese niño : está igualmente aquí ; es la misma alma, mi única alma y á pesar de esto anima esos dos seres. ¡Qué extraña realidad! Y no puedo decir que me equivoco, que me ilusiono, ni que me seduce un error óptico. Tanto por la naturaleza como por la ciencia, me veo á la vez niño y anciano, allá y aquí... allá, indiferente y alegre, aquí pensativo y triste.

QUERENS. — En verdad que es bien extraño!

LUMEN. — Y positivo. Buscar en la creacion entera á ver si encontrais una paradoja mas grande que esta.

¿Qué podria añadir ahora á mi narracion? me seguí viendo de este modo, creciendo en la gran ciudad parisiense. Me vi en 1804, entrando en el colegio y haciendo mis primeros estudios en los momentos en que el Primer Cónsul se coronaba con la dignidad imperial. Reconoci aquel semblante dominador y pensativo de Napoleon, un dia en que pasaba revista en el Campo de Marte. No recuerdo haberle visto en mi vida y

estaba satisfecho al verle pasar en mi campo actual de observacion. En 1810, me seguí viendo en la promocion de la Escuela politécnica, y me pareció verme conversando en la clase con el mejor de mis condiscipulos Francisco Arago. Este jóven pertenecía ya al instituto, y sustituía á Monge en la Escuela, á causa del jesuitismo de Binet, de quien se habia quejado al emperador. Del mismo modo volví á encontrarme en los brillantes dias de mi adolescencia y de los proyectos de viaje de exploracion científica, en compañía de Arago y de Humboldt, viajes que solo este se decidió á emprender. Luego, me vi mas tarde, durante los Cien Dias, atravesando rápidamente el bosquecillo del antiguo Luxemburgo, la calle del Este y la avenida del jardin de la calle de Saint-Jacques, viendo á mi prometida que venia hácia mí para recibirme bajo las lilas en flor. Dulces horas de soledad, confidencias del corazon, silencios del alma, transportes del amor, correspondencias de la noche os presentásteis ante mi vista atónita, no ya como un recuerdo lejano y misterioso, sino en vuestra absoluta actualidad!

Presencí de nuevo en los combates de los aliados en la colina de Montmartre, á su entrada

en la capital, á la caída de la estatua de la plaza Vendome, arrastrada por las calles con gritos de júbilo, al campamento de los Ingleses y de los Prusianos en los Campos Eliseos, á la destruccion del Louvre, al viaje de Gante, á la entrada de Luis XVIII. La bandera de la isla de Elba ondeaba ánte mi vista, y mas tarde, al buscar en el atlántico la isla solitaria en que se hallaba encadenada el aguila, con las alas deshechas, la rotacion del globo me hizo ver Santa Elena, en donde vi al emperador meditando al pié de un sicomoro.

Así pasaron los años que se hallan presentes ante mi vista, y siguiendo mi propia persona en mi casamiento, en mis empresas, en mis viajes, en mis estudios, etc., asisti al desarrollo de la historia contemporánea. Á la restauracion de Luis XVIII, sucedió el efimero gobierno de Carlos X. Las jornadas de julio de 1830, me mostraron sus barricadas, y no léjos del Trono del duque de Orleans, vi aparecer la columna de la Bastilla. Rápidamente pasaron aquellos diez y ocho años. Seguime viendo en el Luxemburgo, en la época en que se abria esta magnífica avenida, amenazada aun por un reciente decreto. Veía á Arago en el Observatorio y la muche-

dumbre apiñada y silenciosa que se precipitaba á las puertas del nuevo anfiteatro. Reconoció la Sorbona de Cousin y de Guizot. Despues se opri-  
mió mi corazon al ver pasar el entierro de mi madre, mujer austera y tal vez demasiado rijida en sus juicios, pero á quien he amado tanto como sabeis. La singular y pequeña revolucion de 1848, me sorprendió tanto como la gran revolucion, Reconocié en la plaza de la Bolsa á Lamoriciere, enterrado el año pasado, y en los Campos Elyseos á Cavaignac, que murió hace cinco ó seis años. El 2 de Diciembre, me halló de observador en mi estacion celeste, como me habia hallado desde mi torre solitaria, y sucesivamente se fueron verificando acontecimientos, los unos que me habian llamado ya la atencion, y los otros que habian pasado inadvertidos para mí.

QUERENS. — ¿Decidme, esos acontecimientos se verificaron rápidamente ante vuestra vista.

LUMEN. — Me seria difícil apreciar la medida del tiempo; pero todo aquel panorama retrospectivo se sucedió ciertamente en ménos de un día... quizá en algunas horas.

QUERENS. — Entónces ya no lo entiendo. Perdonad á un antiguo amigo esta interrupcion indiscreta; pero por lo que yo me habia imagi-

nado, me parecia que no era un simulacro sino realmente los acontecimientos los que estabais viendo, solo que en virtud del tiempo necesario al trayecto de la luz, esos acontecimientos estaban en retraso con respecto al instante en que se verificaban. Hé aquí todo. Por consiguiente, si pasaron ánte vuestra vista 72 años terrenales, el mismo periodo de tiempo, y no algunas horas como decís debió transcurrir para que vieseis dichos acontecimientos. Si el año 1793, os aparecia solamente en 1864, el año 1864, no deberia por consiguiente aparecer á vuestra vista sino el 1936.

LUMEN. — Vuestra nueva objecion es sumamente lógica y me prueba que habeis comprendido perfectamente la teoria de ese hecho. Os agradezco que me la hayáis formulado. Ahora os voy á explicar como no me fué necesario aguardar otros 72 años para volver á ver mi vida, y como, bajo la impulsion de una fuerza desconocida, la he vuelto efectivamente á ver en ménos de un dia.

Siguiendo paso á paso mi existencia, llegaba á los últimos años notables por la completa transformacion que ha sufrido en Paris; vi á nuestros últimos amigos y á vos mismo; á mi hija y á sus preciosos niños; á mi familia y á todas mis rela-

ciones; y por último, llegó el momento en que me ví recostado sobre mi lecho de muerte y en donde asistía á la última escena.

Esto es decir que habia vuelto á la Tierra.

Atraida por la contemplacion que la absorvia, mi alma habia pronto olvidado la montaña de los ancianos y Capella. Como suele suceder en los sueños, volaba hácia el objeto de sus miradas. No me hice cargo de ella al principio por lo mucho que cautivaba todas mis facultades tan extraña vision. Me es imposible explicaros por qué ley ni por qué oculto poder las almas pueden transportarse tan rápidamente de un lugar á otro: pero la verdad es que *habia vuelto á la Tierra*, en ménos de un dia, y que penetraba en mi cuarto en el momento mismo en que me amortajaban.

Puesto que en ese viaje de regreso iba por delante de los rayos luminosos, iba estrechando la distancia que me separaba de la Tierra, la luz tenia cada vez menor espacio que recorrer y estrechaba de éste modo la sucesion de los acontecimientos. Á la mitad del camino, los rayos luminosos me llegaban con un retraso solamente de 36 años, por lo cual no me mostraban ya la Tierra de hacia 72 años, sino de 36 años. Á las tres cuártas partes del camino los aspectos no tenian

mas que diez y otro años de retraso. Á la mitad del último cuarto de camino, me llegaban solamente 9 años despues de haber sucido, y asi sucesivamente; de suerte que la série entera de mi existencia se hallaba condensada en ménos de un dia, á consecuencia de la vuelta rápida de mi alma yendo al encuentro de los rayos luminosos.

QUÆRENS. — Semejante combinacion no es el ménos extraño de los fenómenos!

LUMEN. — ¡No teneis otras objeciones que hacerme.

QUÆRENS. — Os confieso que la última me intrigaba tanto, que no se me ocurre ninguna otra duda.

LUMEN. — Debo haceros observar que todavía hay otra objecion, astronómica, de la que me voy á ocupar al instante para disipar cualquiera duda que podais aun tener. Esta depende del movimiento de la Tierra. No solamente el movimiento diurno del globo debió haberme impedido el concebir la sucesion de los hechos, sino que siendo su movimiento sumamente acelerado por la rapidéz de mi regreso hácia la tierra, y habiendo trascurido 72 años en ménos de un dia, me hice la reflexion que era sorprendente que no me aper-

cibiérase de ello; pero ya sea que siguiese yo mismo la rotacion del globo y que haya girado en el espacio manteniéndome constantemente encima de Francia, — lo que me parece imposible imaginar — sea que la repidez misma de los movimientos los hiciese imperceptibles y hubiese como aislado los objetos, ó ya sea por último que una causa por mí desconocida haya resuelto la dificultad, tuve que reconocer, porque era evidente, que habia exitido sin ningun trabajo á la sucesion rápida de los acontecimientos del siglo y de mi propia existencia.

QUÆRENS. — No se me habia ocultado esta dificultad, pero la habia resuelto suponiendo que habiais girado en el espacio del mismo modo que un globo se halla impelido por la rotacion de la Tierra. Verdad es que la inconcebible rapidez con que debisteis ser arrastrado es suficiente para producir el vértigo; pero sin embargo, me limitaba á esta hipótesis reflexionando en vuestras palabras: que los espíritus recorren el espacio con la misma velocidad y ligereza que el pensamiento; y al reflexionar que vuestra vista, así como vuestra proximidad inconsiente de la Tierra, eran debidas á la intensidad de vuestra atencion en el punto del globo en que os veiais, no es inadmisibile que

hayais permanecido constantemente encima de ese punto.

LUMEN. — Nada puedo afirmaros respecto á esto, pues no tenia conciencia de lo que me acontecia. No volví á presenciar todos los acontecimientos de mi vida, sino un corto número de los mas importantes, los cuales sucesivamente escalonados, me hicieron ver el conjunto de mi existencia, pudiendo presentarse todos bajo el mismo rayo visual. Todo lo que sé es que la indecible atencion que me encadenaba imperiosamente á la Tierra, era como una cadena que me hubiese arrastrado hácia ella, ó para servirme de otros términos como esa fuerza todavía misteriosa de la atraccion de los astros, en virtud de la cual, los mas pequeños caerian directamente sobre los mas importantes, si no estuviesen retenidos en sus órbitas por la fuerza centrífuga.

QUÆRENS. — Al reflexionar sobre ese efecto de la concentracion del pensamiento hácia un solo objeto y sobre la atracion real que experimenta enseguida hácia ese objeto, se me figura que ese es el resorte principal del mecanismo de los sueños.

LUMEN. — Teneis razon, amigo mio, y puedo

aseguraroslo, yo que durante largos años he hecho de los sueños el asunto especial de mis observaciones y de mis estudios. Cuando el alma, libre de las atenciones, de las preocupaciones y de las tendencias corporales, vé en sueños un objeto que le encanta y hácia el cual se siente atraída, todo desaparece en torno de ese objeto, el cual permanece solo y se convierte en el centro de un mundo de creaciones; el alma le posee enteramente y sin reserva, le contempla, se apodera de él y le hace suyo; el universo todo se borra de la memoria para dejar una dominacion absoluta al objeto de la contemplacion del alma, y como me sucedió en mi súbito regreso hácia la Tierra, no vé el alma mas que ese objeto, acompañado de las ideas y de las imágenes que engendra y que hace aparecer sucesivamente.

QUERENS. — Vuestro rápido viaje á Capella, así como vuestro regreso no ménos rápido á la Tierra, tenían pues por objeto esta ley psicológica, y obrásteis mas libremente aun que en sueños, porque vuestra alma no estaba ya sujeta por las trabas del organismo. Recuerdo efectivamente, que en nuestras anteriores conversaciones me hablasteis varias veces de la fuerza de la voluntad. Con que decid que habiais vuelto á vuestro lecho de muerte,

antes que vuestros restos mortales fuesen amortajados.

LUMEN. — Si, habia vuelto á él, y bendecia la honda pena de mi familia, calmaba el dolor sincero de vuestra buena amistad, me esforzaba en inspirar á mis hijos la certera de que aquella envoltura corporal ya no era yo, y que habitaba la esfera de los espíritus, el espacio celeste, infinito é inexplorado.

Asistia yo á mi entierro y reparaba en los que llamándose amigos míos, á causa de una ocupacion de escasa importancia, no se tomaron la molestia de acompañar mis restos á su última morada.

Escuché las conversaciones de los que seguian mi féretro, y aunque en esa region de paz no nos mostremos ya ávidos de alabanzas, me sentí dichoso, sin embargo, al reconocer que en todos los concurrentes quedaba un buen recuerdo de mi tránsito sobre la Tierra.

Cuando la losa sepulcral separó la tierra de los muertos de la tierra de los vivos, di un último adios á mi pobre cuerpo adormecido, y como se ocultase el Sol en su lecho de púrpura con franjas de oro, permanecí en la atmósfera hasta la caída de la tarde, sumergido en la admiracion de los magníficos espectáculos que se desarrollan en las regio-

nes aéreas. La aurora boreal desplegaba sobre su polo su cinta plateada, lluvia de estrellas caía desde Casiopea, y el creciente se inclinaba hácia el oeste como la popa de un buque. Vi á Capella centellante que me miraba fijamente, y distinguí las coronas que la rodeaban, príncipes celestes de una divinidad. En aquel momento olvidé de nuevo la Tierra, la Luna, el sistema planetario, el Sol y los cometas, para entregarme por completo á la seducción de la encantadora mirada de Capella, sintiéndome arrastrado hácia ella por la acción de mi deseo con una rapidez mayor que la de las flechas eléctricas. Después de algun tiempo cuya duración me sería difícil calcular, llegué al mismo círculo y á la misma montaña en que había estado la vispera y vi á los ancianos ocupados en seguir la historia de la Tierra con 71 años y 8 meses de retraso. Presentaban los acontecimientos de la ciudad de Lyon el 23 de enero de 1793.

¿Quereis que os diga cuál era la causa misteriosa de la atracción de Capella para mí? ¡Oh maravilla! hay en la creación lazos invisibles que no se rompen como los lazos mortales; hay correspondencias íntimas que permanecen entre las almas á pesar de las separaciones de las distancias. En la noche de aquel segundo día, cuando la luna

se engastaba en el tercer círculo de oro (tal es la medida sideral del tiempo) me sorprendí á mi mismo paseando por una avenida solitaria cubierta de flores y perfumes. Caminaba pensativo hacia unos instantes, cuando vi que se dirigía hácia mí... mi hermosa y amada Eivlys. Tenia la edad madura de su muerte, y á pesar de su nuevo aspecto, se reconocian en ella los rasgos característicos de la expansión y de la bondad, que una vida toda de sentimiento había impreso sobre su frente y fijado en su mirada. No me detendré en describiros la alegría que produjo nuestro encuentro. No es este momento oportuno, y tal vez algun día nos será dado discurrir largamente acerca de los afectos ultra-terrestres que suceden á los nuestros. Quiero solamente unir aquel encuentro al asunto de esta tesis, añadiendo que no tardamos en buscar juntos en el cielo la Tierra, nuestra patria adoptiva, en la que habíamos pasado tantos días de paz y de felicidad. Mucho nos gustaba en efecto volver nuestras miradas hácia aquel punto luminoso, en donde nuestra actual condición nos permitía distinguir un mundo; nos complaciamos en enlazar el pasado de nuestros recuerdos con el presente que nos llegaba en alas de la luz; y en el éxtasis

en que nos sumergia aquella singularidad tan nueva para nosotros, buscábamos ardientemente que los acontecimientos de nuestra juventud se nos aparecieran de nuevo. Así es como volvimos á ver actualmente los años queridos de nuestros primeros amores, el pabellon del convento, el florido jardin; los paseos de los alrededores de Paris, y nuestras escursiones solitarias en las mañanas de primavera. Para volver á encontrar aquellos años nos bastaba avanzar juntos en el espacio, en la direccion de la Tierra, hasta las regiones en que aquellos sitios, reflejados por la luz, se hallaban fotografiados.

Os he revelado, amigo mio, la extraña observacion que os tenia prometida. Hé aquí que se anuncia la aurora, y la estrella de Lucifer palidece ya ante el alba sonrosada. Torno á las constelaciones...

QUERENS. — Una palabra mas, oh Lumen, ántes de terminar esta conversacion. Puesto que los aspectos terrestres no se transmiten sino sucesivamente en el espacio, deberia haber por lo tanto un presente perpetuo para los observadores escalonados en ese espacio, hasta un limite circunscrito solo por el poder de la vista espiritual.

LUMEN. — Si, amigo mio. Coloquemos, por

ejemplo, á un primer observador á la distancia de la Luna: percibirá los hechos terrestres un segundo y medio despues de que hayan acontecido. Coloquemos á un segundo observador á doble distancia: los hechos tendrian para él un retraso de tres segundos. Un tercer observador los verá cerca de 6 segundos despues de haberse verificado aquellos, y á una distancia doble del anterior, un cuarto observador los verá con un retraso de 11 segundos, y así sucesivamente. Á la distancia del Sol hay ya ocho minutos y trece segundos de retraso; en ciertos planetas hay dias enteros, y aun mas léjos, meses y hasta años. En Alpha del Centauro, no se vén las cosas terrestres sino tres años y ocho meses despues que dejan de existir. Hay estrellas tan distantes, que la luz no les llega sinó despues de varios siglos, y hasta de varios miles de años... Existen nebulosidades en donde no llega la luz sino despues de un viaje de varios millones de años...

QUERENS. — De suerte que para presenciar un acontecimiento histórico ó geológico de los tiempos pasados, les bastaria á esos observadores de vista privilegiada alejarse suficientemente. ¿No se podria del mismo modo volver á ver el diluvio, el Paraíso terrenal, Adán y...?

LUMEN. — Ya os he dicho, mi buen amigo, que la llegada del sol al emisferio, pone en fuga á los espíritus. Una segunda conversacion nos permitirá algun dia profundizar mas un asunto sobre el cual no he podido presentaros hoy mas que un bosquejo general, y que es fecundo en nuevos horizontes. Las estrellas me reclaman y han desaparecido ya. Adios, Quærens, adios.

## NARRACION SEGUNDA